

Cuestión de amor

Federico Patán

No había que engañarse con este hombre. Se lo veía caminar por los pasillos de nuestra Facultad alto, bien parecido, de traje y corbata elegantes y sonrisa persistente. Viéndolo, una especie de calma venía al ánimo. Y si el pasillo deparaba un instante de conversación, ésta resultaba amena y singularmente cortés. Tan singularmente cortés que la cortesía pudiera constituirse en el rasgo definitorio de Luis Rius. Una cortesía ciertamente afable, pero capaz de mantener al interlocutor a distancia prudente sin hacerlo sentir mal. Había límites que Luis no cruzaba; de inmediato se constituían en límites que pedía a los otros no cruzar. Sin embargo había momentos, y no escasos, en los que Luis no obedecía su propia consigna. Esos momentos se llaman poesía y están en sus libros, el primero de los cuales fue *Canciones de vela*, de 1951. Lo siguieron otros cuatro y una antología titulada *Cuestión de amor y otros poemas*, publicada en 1984, año en el que Luis Rius decidió morir.

Y digo decidió porque siempre he tenido la impresión de que Luis, sin invitar directamente a la muerte, dejaba que se le acercara con mayor prisa de la necesaria, como si el recibirla pronto fuera un propósito de vida. Quizá por ello le dijo en un soneto: “Toma las donaciones que te hago: / la prisión que me diste y que recobras...” La prisión que me diste, ha confesado, y no podemos menos que pensar en el cuerpo transitorio que hemos de regresar a la tierra. Este soneto procede del libro *Cuestión de amor*, que se halla dividido en tres partes: “Arte de extranjería”, “Cuestión de amor” e “Invención varia”. Las dos primeras secciones, según explicación del autor, incluyen “la temática recurrente en mí”; la última, las desviaciones de esta norma.

Vuelvo al poemario de Luis y renuevo algunas conclusiones que me pertenecen desde antiguo. La primera, la obvia, es lo que ocurre formalmente. Encuentro, página a página, redondillas, romances, sonetos, canciones e incluso villancicos. Ocasionalmente, algún poema en verso libre, pero muy ocasionalmente, pues la mayoría se atienen a la muy española inclinación por mezclar heptasílabos y endecasílabos. Y de pronto caigo en la cuenta de que el libro obedece, concienzudamente, a la versificación española. Y la pregunta surge en mí de modo natural: ¿por qué? ¿Por qué no un intento de exploración, de arriesgue formal, como aquel buscado por Tomás Segovia y quizá por César Rodríguez Chicharro, dos de sus compañeros de generación? Podría responder yendo a una imagen que expresé al principio: aquella

de la elegancia innata en Luis. Elegancia asimismo presente en la escritura. No deseaba romper los moldes heredados, si bien he de reconocer que en *Canciones a Pilar Rioja* se libera un tanto de esos candados, como si la urgencia de captar los misterios del baile lo obligara al cambio.

150 En cuanto a la poesía de rigidez formal, no me convence del todo la razón que he dado, aunque la acepto parcialmente. Algo me dice que necesito buscar otras explicaciones. Y me viene a la cabeza ese “arte de extranjería” tomado como subtítulo por Luis. Pero, se me dirá, ¿qué hay de extranjería en aceptar moldes clásicos? Responderé: todo depende de dónde y por qué se los acepte. Y Luis los acepta en México. Es decir, parecería haber escrito con la vista puesta en su país de origen. Quito el parecería: escribió con la vista puesta en el país de origen. Mas rectifico otra vez: con la vista puesta en el horizonte marino, más allá del cual se adivinaba el país de origen. Por tanto, quiero suponer en los siguientes versos una nostalgia: “Si yo pudiera, tristeza / mía, darte mi ayer muerto”. O acaso se prefiera la expresión directa: “la oscura sierpe del destierro”, que escribe Rius en un poema donde recuerda un óleo de Antonio Rodríguez Luna.

Así, el mantenerse en una línea de escritura clásica pudiera entenderse en Rius como un modo de neutralizar los efectos del exilio. Porque el exilio vive en Luis como vive en sus compañeros de generación. Me doy apoyo recurriendo a otro soneto: “Mi origen se hizo pronto algo sombrío / y cuando a él vuelvo no lo vuelvo a hallar”. Se ha extraviado el origen. Se lo sabe aguardando en algún sitio y para vislumbrarlo el poeta se acerca a la orilla del mar cruzado y se intenta mirar lo que allá lejos se experimentó. Y digo experimentó porque ya no existe. Existe una otra realidad que ya no pertenece al exiliado. Por ello Luis se llamó siempre “fronterizo”, porque vivía de pie en una frontera sin poderse mover de allí. Esto lo comentó el propio Luis de un modo directo en un muy escueto y contenido texto entregado a Susana Rivera: “En consecuencia, creo poseer dos nacionalidades, la española y la mexicana (aunque esto contradiga mi documentación oficial), y a ambas las siento tan entrañablemente propias que no podría renegar de ninguna de ellas sin lastimar muy profundamente a la otra”.

Pero una se la vive en ausencia y otra se la vive en presencia. Entre ausencia y presencia se encuentra el mar, uno de los símbolos recurrentes en el poeta. En doble juego, ese mar separa del origen a la vez que es la vía por la que se quisiera regresar a él. “Olvidada en el mar / me dejé yo la vida” escribirá entonces quien habita situación tan desolada. El mar será el referente. Por tanto, cualquier tarde, el poeta escribirá lo siguiente: “voy al mar / porque no quiero estar aquí conmigo / entre harapientas, pobres soledades...” Con esto, introduzco en mi discurso otro término importante: soledad. Puede tener ésta diferentes causas. Una de ellas aparece en el poema “Destierro”, cuando

se dice “ya nadie nos aguarda”, refiriéndose a lo quedado atrás a causa del exilio. Pero cuando la explicación toma estos rumbos: “gemir de soledad, perdido siempre / en mi propio camino sin hallarlo” el lector intuye un algo más que el mero exilio político. Se intuye un destierro humano, como si el poeta se sintiera expulsado del mundo en tanto que persona. Entonces, el poema trasciende la mera anécdota social y se interna en explorar la esencia del hombre. De no hacer esto, poco se tendría en el terreno poético. Otro poeta, Ángel González, ya lo percibió en la obra de Luis y dijo al respecto: el exilio y el destierro “acaban adquiriendo en la obra de Luis Rius valor simbólico de algo más hondo, en lo que todos estamos implicados”.

Voy a mis notas entonces. La palabra “vacío” me salta a los ojos. Examino los poemas donde aparece y encuentro que muy a menudo expresan la desolación de no tener un propósito en la vida. Se ruega a la luz que penetre en nuestro ser y nos dé alguna razón para continuar. Asomándose a su interior, el poeta indaga: “¿Qué le ha pasado al aire? ¿Son aún mías / estas horas? ¿Y vivo aún? ¿Aún canto?” Entonces, con lentitud, la poesía nos va revelando la condición de ese hombre llamado Luis Rius. “Siempre he sido pasado”, asegurará en un momento de desesperación. Y el lector se pregunta: ¿nada había de qué asirse? ¿El amor, por ejemplo? La sección del libro titulada “Cuestión de amor” nos responde. Y responde diciéndonos que, para el poeta, el amor es siempre lo quedado atrás y no lo presente o lo porvenir. Escuchémoslo hablando de una noche de amor: “esta noche quedará guardando [...] el lento golpear de nuestros pasos...” y cuando llegue la soledad ¿de qué hablará sino “de las caricias tristes de tus manos”? Si nos preguntamos por las causas, tal vez hallemos la respuesta aquí: “ya soy casi ausente cuando llegas”. Y nótese el “soy” en lugar del “estoy”.

Y así llegamos a otro sostén de la poesía de Luis: la fugacidad y lo inasible de la existencia humana. Mucho se ha hablado de esto en la poesía, mas se ha convenido en que cada poeta lo hace a su manera. ¿Cuál es la de Rius? Con ecos indudables del Siglo de Oro, aseverará: “Engaño de la vida hora tras hora [...] No la vida, la muerte es quien me añora”, cita en la que uno dos de las preocupaciones existenciales del poeta ya mencionadas. Una, el engaño que significa vivir y dos, el llamado de la muerte. Ese engaño de vivir adquiere resonancias melancólicas en varios poemas, y no es la menor de ellas el decir “Pero sombra soy, soy sombra / que huye de sí misma...” Esto tiene su espejo en la imagen contraria. Hay momentos en que, desde muy su interior, Luis pide un asomo de esperanza. Lo hace a partir de la oscuridad y, curiosamente, sin renunciar a ésta. Por tanto será “sombra hambrienta / del hambre de vivir mañana todavía...” Pero atiéndase, hambrienta del hambre de vivir y no meramente hambrienta de vivir. Esta contradicción pervive en poema tras poema y alcanza la siguiente expresión: “Me enajena / el gozo de vivir algu-

nas veces”, que tiene para mí una doble lectura. A veces lo enajena el gozo de vivir o tiene el ansia de vivir algunas veces pero la mayoría no, lo cual confirmaría aquella imagen que di de Luis como depositario pasivo de la muerte.

Desde luego, todo el retrato anterior no es el único posible de extraer a los poemas. Hay en la obra de Luis expresiones de otra índole. Las recoge el tercer apartado, “Invención varia”. Allí encuentro lo que llamaré un hombre más público. Y en cuanto a esto, es de señalar que Luis no es poeta ni social ni político. Nada en ciertas líneas de Rafael Alberti. Luis es poeta de intimidades. Por tanto, cuando lo hieren o le llegan sucesos externos los examina como ese poeta íntimo que es. Aquí entra “Cifra de danza”, donde hay un intento de bullicio, de conseguir mediante la palabra los ritmos del baile. O el deseo de penetrar en la música de Bach, de Corelli, de Marcello mediante esa misma palabra. Así se expresará Luis de Respighi: “Vuelo de ángulos; ágil, / de trinos, geometría”. O, en “Palabras de hombre a hombre”, celebrará los 75 años de León Felipe, sobre quien escribió su tesis de doctorado. O poemas a la muerte de personas que le fueron importantes, como Raúl Flores Guerrero y Arturo Souto. O al hijo recién nacido, tema en el cual Luis se permite un asomo de optimismo. O poemas que cabría llamar geográficos, dedicados como están a ciudades (Guanajuato) y calles (la de Positos). O los villancicos que sitúa en un apartado final de su antología personal.

Todo recorrido apresurado por la obra de un escritor deja resquicios para futuras precisiones. Así con mis palabras. Espero, sin embargo, que hayan servido para recobrar un poco de esa figura que, aparentemente tranquila, caminaba los pasillos de esta Facultad, sonreía al recibir un saludo, charlaba cuando era el caso y miraba hacia lo externo procurando hallar en él una explicación a los desasosiegos internos que lo consumían. Acaso sea ésta una de las tareas de la poesía, sosegar nuestros desasosiegos. Acaso se levante ésa como uno de los propósitos de la poesía de Luis. Eso y la belleza misma de la expresión, sin la cual el mensaje no nos llegaría.